

algar

COLECCIÓN  
CALCETÍN

H. G. Wells

Adaptación  
V. Muñoz  
Puelles

Ilustraciones  
A. del Hoyo

# El hombre invisible





## 1

### La llegada del hombre misterioso

El desconocido se presentó en Iping a principios de febrero, un día de nieve abundante y viento helado. Llegó desde la estación de Bramblehurst con un pequeño maletín negro. Iba cubierto de la cabeza a los pies, llevaba guantes y el ala de su sombrero escondía por completo su rostro, salvo la punta reluciente de la nariz.

Entró tambaleándose en la posada Coach and Horses, y dejó caer el maletín al suelo.

—¡Una habitación con un fuego! —pidió.

No dijo su nombre. Golpeó el suelo con los

pies y se sacudió la nieve junto al mostrador. La señora Hall, dueña del local, le explicó las condiciones del alojamiento. Acordaron que se quedaría con un dormitorio y un pequeño salón, y aceptó el precio sin rechistar.

La señora Hall encendió la chimenea del salón y dejó que su nuevo huésped se acomodara, mientras le preparaba algo de comer. Se consideraba afortunada por tener un huésped en invierno.

Cuando la comida estuvo a punto, volvió al salón para disponer la mesa. Le sorprendió ver que, aunque el fuego ardía, su cliente conservaba el abrigo y el sombrero puestos.

—¿Puedo llevarme sus prendas, señor, para ponerlas a secar? —le preguntó.

—Estoy bien así —contestó él.

La señora Hall se fijó en que tenía el rostro cubierto con unas grandes gafas azules y unas patillas muy pobladas.

—Muy bien, señor —dijo—. Como guste. La habitación se caldeará enseguida.

La señora Hall salió con rapidez. Cuando volvió a entrar, el huésped seguía de pie, en el mismo sitio. Dejó la comida sobre la mesa.



–Su almuerzo está servido, señor.

–Gracias –repuso él.

Cuando ella se fue, se acercó a la mesa con avidez.

En la cocina, la señora Hall se dio cuenta de que había olvidado la mostaza. Tomó el tarro, llamó a la puerta del salón y entró. El huésped se había quitado el sombrero y el abrigo, y los había dejado en una silla frente al fuego. Con una mano enguantada sostenía la servilleta, que le cubría la boca.

Pero lo que más le impresionó fue que el hombre llevaba la cabeza vendada. Solo su nariz rosada y puntiaguda era visible.

«El pobre debe de haber sufrido un accidente, una operación o algo parecido», pensó la señora Hall, y se disculpó por su indiscreción. Dejó el tarro en la mesa y salió.

El huésped se levantó y bajó la persiana, de modo que la habitación quedó casi a oscuras. Más tranquilo, siguió comiendo.

Cuando la señora Hall volvió a recoger la mesa, el huésped estaba sentado ante la chimenea.

–Tengo algún equipaje –dijo– en la estación de Bramblehurst. ¿Podría enviar a alguien a por él?

La señora Hall le explicó que, a causa de la nieve, tendría que ser al día siguiente.

–¡Mañana! –exclamó él–. ¿No podría alguien traerlo antes?

–Me temo que no, señor.

–He de explicarle –añadió el huésped– que soy investigador. Necesito continuar con mis experimentos y todo lo que necesito está en ese equipaje. También es importante que nadie me interrumpa cuando trabajo. Tuve un accidente y he de cuidar mi vista. Cuando me duelen los ojos, apago las luces y echo la llave... Espero que lo entienda.

–No se preocupe, señor.

–Gracias –dijo él.

La señora Hall se retiró.

A las cuatro de la tarde, el relojero se presentó en la posada para arreglar el reloj del salón.

–Buenas tardes, Teddy –le dijo la señora Hall–. Le agradezco que haya venido. El minutero funciona, pero la manecilla de las horas se ha parado en las seis.

Llamó a la puerta del salón y entraron.

La única luz procedía del fuego de la chimenea. Por un momento, a la señora Hall le pareció que el huésped tenía una boca enorme, como un

agujero, que abarcaba toda la parte inferior de su rostro.

El huésped, que estaba dormido, se despertó y se cubrió la boca. Ella abrió la puerta de par en par, para que entrara más luz.

—Lo siento, señor —dijo la posadera—. Este hombre ha venido a arreglar el reloj.

—Creía que el salón quedaba reservado para mi uso personal —respondió el huésped.

—Será solo un momento, señor —le aseguró la señora Hall.

Teddy empezó a trabajar en el reloj.

—Qué frío hace hoy, ¿verdad? —comentó, para dar algo de conversación.

—¿Por qué no termina y se marcha? —replicó el huésped, impaciente—. Solo tiene que fijar la manecilla en su eje.

—Sí, señor. Tardaré un minuto.

Acabó apresuradamente y salió a la calle, donde se cruzó con el marido de la posadera.

—¡Hola, Teddy! —le saludó el señor Hall.

—¡Tenéis a un chiflado en casa! —contestó el relojero, y le describió el extraordinario aspecto del hombre misterioso—. Tiene la cabeza vendada, y es como si le faltara media cara —le dijo.

Hall se quedó intrigado. Ya en la posada, interrogó a su mujer, que no quiso escucharle. El huésped le había pagado, y para ella eso era lo único importante.



## 2

### Las mil y una botellas

El equipaje del desconocido llegó al día siguiente en un carro. Había un par de baúles, una caja con libros, algunos muy gruesos y escritos en otros idiomas, y una docena de cestas con botellas de vidrio.

El señor Hall y Fearenside, el recadero, estaban en la puerta de la posada y se disponían a subir el equipaje cuando el huésped se les acercó.

–Vamos, metan esas cajas –dijo.

Subió a la parte trasera del carro y tomó la más pequeña.

El perro del recadero empezó a agitarse y a gruñir. Cuando el huésped se bajó del carro, el animal dio un salto y le mordió primero una mano y luego la pierna. Se oyó el desgarró de la tela. El recadero reprendió a su perro, que se ocultó bajo el carro.

El huésped se miró el guante y los pantalones rotos, y volvió a la posada. Le oyeron recorrer el pasillo y subir las escaleras.

—Será mejor que vaya a atenderle —dijo Hall.

Y subió tras el huésped. Al encontrar la puerta abierta, entró en el salón.

Las persianas estaban bajadas y la habitación, a oscuras. Creyó ver un brazo sin mano que apuntaba en su dirección y una cara vendada. Recibió un golpe en el pecho y cayó de espaldas, al tiempo que cerraban la puerta y echaban la llave.

Poco después, el señor Hall se reunió con un pequeño grupo que se había formado a la entrada de la posada. Fearenside contaba el incidente una y otra vez. La señora Hall le reprochaba que su perro mordiera a sus huéspedes. Huxter, el tendero, hacía mil preguntas. Sandy Wadgers, el herrero, procuraba calmar la situación.

El señor Hall intentaba entender la extraña reacción del huésped.

—No necesita ayuda —le aseguró a su mujer—. Lo que necesita es que le subamos de una vez su equipaje.

El perro empezó a gruñir de nuevo. El huésped había bajado, tras cambiarse guantes y pantalones.

—¡Vamos! No tengo todo el día —exclamó.

—¿Está herido, señor? —le preguntó Fearenside—. Mi perro...

—Ha sido un rasguño superficial —contestó el huésped—. Dense prisa con esas cosas.

En cuanto la primera cesta llegó al salón de invitados, se arrojó sobre ella y empezó a extraer las botellas. Había tantas, al menos, como en una farmacia. También extrajo tubos de ensayo y una balanza.

Fue colocando las botellas en fila sobre la cómoda, sobre la chimenea, en el suelo, en la estantería, en todas partes.

Cuando hubo terminado de desempaquetar las cajas, el desconocido se puso a trabajar, sin preocuparse por la paja del interior de las cajas, que había quedado esparcida por el suelo.

Estaba tan absorto en su trabajo que no advirtió que la señora Hall entraba a barrer la paja y a servirle la mesa. En un momento determinado, ella observó que el hombre se había quitado las gafas y que las cuencas de sus ojos estaban profundamente hundidas.

Durante los días siguientes, el huésped trabajó sin descanso. Unas veces permanecía inclinado sobre sus botellas y sus tubos de ensayo. Otras, se levantaba tarde y recorría su habitación durante horas, hablando en voz alta.

Casi nunca salía a la calle durante el día, pero al anochecer lo hacía siempre cubierto de pies a cabeza y optaba por los caminos más solitarios. Cuando le veían surgir de pronto en la oscuridad, con sus grandes gafas y el rostro vendado, todos los paseantes se asustaban.

Era inevitable que los habitantes de Iping hablaran de él. Algunos opinaban que se trataba de un criminal huido de la policía. Otros pensaban que solo era un loco inofensivo. Algunos le tomaban por una especie de mago.

En lo que sí estaban de acuerdo los pacíficos habitantes de Iping era en que el huésped no les gustaba. Era demasiado irritable para su gusto.